

Margarita no es una flor

Margarita, con los ojos semi cerrados alarga su mano derecha y a tientas consigue parar el despertador que está sonando. Con cierta dificultad se incorpora en la cama y tras unos segundos de torpeza, empieza a espabilarse hasta que finalmente se levanta. Son las 6 de la mañana.

Hoy vuelve a hacer un frío que pela y la humedad del ambiente no ayuda a sus entumecidos huesos a calentarse. No posee estufas de ninguna clase, pues gracias a los recortes impuestos por el gobierno y al aumento de los precios del mercado, con su escueto sueldo, apenas puede sobrevivir. Para ella hoy es un día más, igual que el de mañana e igual que el de otro mañana y el del siguiente. Ha llegado a esa edad en la que las personas que tienen los mismos años que ella siempre le parecen mucho mayores. Acaba de cumplir los 60.

Soltera por decisión propia, había sido una persona segura de si misma e independiente, antes de perder su ocupación de toda la vida. La Empresa en la que trabajaba cerró sus puertas, dejando a deber varias nóminas a sus empleadas. Estas no abandonaron la nave hasta el último momento con el anhelo de que ocurriera un milagro que nunca llegó y la constructora finalmente cerró.

Margarita también estuvo preocupada por la familia de su jefe, así era ella, - Pobre gente, tan acostumbrada a tenerlo todo, ¿que iba a ser de esas personas?- se preguntaba, hasta que con el tiempo se enteraría de que la Empresa se había trasladado a otro país, concretamente a Marruecos, contratando nuevo personal nativo, claro está, habiendo dejado deudas por todas partes en la tierra que les acogió, Catalunya.

Las trabajadoras, habían sido víctimas de una estafa, pues la prole del "pobrecito" empresario, incluido el mismo, no solo no fue a menos, sino más bien todo lo contrario.

La pobre Margarita había sido la secretaria perfecta durante cuarenta años y de esa forma se lo habían "agradecido".

Trás haber sufrido siete crisis de ansiedad en un mes y ser presa de una gran depresión y algún que otro ataque de pánico, con el tiempo y con la ayuda de buenas personas que conocía consiguió un trabajo de oficina en un taller mecánico, pero en el que tenía que respirar con frecuencia los humos que provenían de los tubos de escape y que le resultaban asfixiantes cuando se producían debido a la descarbonización de los motores.

A su edad, poca calidad de vida, y que nunca se llegó a recuperar del todo de las secuelas que sufrió, por desgaste físico y moral, debido a la actuación de su anterior empresa, ahora también se le sumaban episodios de tos y problemas respiratorios.

Margarita sentía empatía con las personas que pasaban por una situación similar a la suya. Le gustaba escucharlas y ayudarlas, aunque solo podía ser a través de consejos pues lamentablemente no disponía de recursos para hacerlo de otro modo.

Hoy después del trabajo, iría a ver a Loli, una ex compañera que actualmente ejercía de camarera en un prestigioso restaurante, en el que ya llevaba tres meses trabajando sin percibir un euro.

Lo que más me molesta, le confesaba Loli, es que nos quieren “vender” que el negocio va mal, pero la jefa, no para de comprarse ropa y alardear de ello. También va a otros restaurantes a comer y mientras, nosotras, seguimos sin cobrar y sin poder dejar el empleo

- ¿Porque no los denunciáis?- le preguntó Margarita, pero lo cierto es que ya conocía que no había respuesta; sabía que el círculo que creaban estas situaciones, bloqueaban a las empleadas y las dejaban en un callejón sin salida y además la ley protegía a las empresas para que pudieran deshacerse de las asalariadas que encima ni cobraban ni se atrevían a pedir la baja laboral cuando enfermaban, pues temían el inminente despido.

!Hasta que punto de deshumanización hemos llegado! En la actualidad parece que sólo triunfa el dinero y quien lo posee, lo demás, los valores que nos inculcaron nuestros mayores ya no sirven para nada. Cada vez hay más tiranas explotadoras y más personas explotadas, le decía Margarita tratando de animarla.

Besar a su amiga al despedirse y darle un fuerte abrazo y muchos ánimos y haber rezado juntas para que los problemas se solucionaran sabía que no serviría para darle de comer pero por lo menos no dejaba que la persona se sintiera sola y abandonada.

Saliendo de la vivienda de Loli, Margarita absorta en sus pensamientos, mientras caminaba por las húmedas calles del barrio, se acordaba ahora de Silvia, una madre con dos hijos y divorciada. Silvia tenía el título de profesora de inglés, envuelto en papel de plata, guardado en el fondo del cajón de un viejo armario, mientras estaba trabajando de camarera en otro restaurante, a la espera de una oportunidad para mejorar su vida, que no llegaba.

Silvia empezó con una jornada laboral en la que podía conciliar el trabajo con el cuidado de sus hijos, pero poco a poco y más bien pronto que tarde, empezaron a exigirle que hiciera más y más horas extras, que por supuesto no serían remuneradas. Estaba estresada, amargada y al borde del colapso, pues encima no le pagaban su nómina en las fechas previstas, lo que le creaba una incertidumbre y un malestar increíbles, dado que ella sí tenía que hacer frente a sus gastos en los plazos acordados, para evitar devoluciones y abusivos recargos bancarios.

Margarita seguía ensimismada, recordando con una leve sonrisa como su padre le decía a menudo que siempre estaba pensando, cuando le vino a la mente Alexa, aquella joven que trabajaba por horas, para poder pagar sus estudios. El restaurante donde trabajaba Alexa, cerró unos meses por reformas. Prometieron llamar a todo el personal cuando se reabriera, para que pudieran reincorporarse al trabajo a cambio de firmar un finiquito en falso, o sea que firmas que has cobrado pero no cobras.

Al cabo de unos meses, cumpliendo con lo prometido, la llamaron.

Lo primero que hizo el dueño el primer día de reapertura fue reunir a sus fieles empleadas, e informarles de que debido a los gastos que le supuso reformar el local, ahora en lugar de cobrar lo mismo que antes, les pagaría menos. Como si ellas tuviesen la culpa de que el dueño acondicionara su propio negocio, y tuvieran la obligación de ayudar a pagarlo de sus sueldos. Pero ¿de qué va?, se preguntaba indignada Margarita.

Alexa fue más lista, buscó y encontró un nuevo empleo y se marchó. Aplausos para

Alexa, visualizaba la mente de Margarita.! Por fin una buena noticia!.

- ¿Y si la clave fuese esta? -

De pronto se iluminaron sus ojos y como si se le hubiese encendido una luz, empezó a imaginar, a darle vueltas a la cabeza, a pensar otra vez, como siempre le decía su padre, y si, encontró la posible solución. Cada trabajadora debería buscar empresas con personas al mando que fueran honradas, capaces de respetar los derechos de las personas empleadas, al margen de lo que permitieran leyes injustas, que las hay, porque al fin y al cabo si todas perdiéramos el miedo a los abusos y les plantásemos cara, y las empresarias que hubieran dejado de ser honestas que se las apañaran solas, a Margarita le pareció que otro "gallo cantaría" y aunque por un momento lo vió como un imposible, al instante fue consciente de cuantos de los grandes logros conseguidos, también en su día parecieron utopías.